



El doctor Ward. Osteópata célebre, brillante personaje de la «douce vita» inglesa, ahora es, en el banquillo, el representante de la sociedad en que ha vivido.

PROCESO A UNA SOCIEDAD

EL que había anticipadamente considerado al proceso Ward como una tragicomedia no andaba descaminado. El turbión desencadenado por Cristina Keeler

con tanto aparato, tras liquidar profesionalmente a un político de talla, ha desembocado en un entretenido testimonio de las debilidades de las clases elevadas británicas desarrollado en diarios

episodios, como un serial picante, sobre la escena del Palacio de Justicia de Old Bailey.

Sin entrar en la cotidiana anécdota del proceso, serpiente de mar de este cálido verano, que



Las víctimas se rebelan contra su circunstancia. Las amigas del doctor Ward llaman a la sociedad por su propio nombre. Cada una de ellas protagoniza un capítulo del se popularidad. Aquí están «ellas»: Cristina Keeler, Mandy Rice Davies, Ronna Ricardo, Vickie Barret, Sanny Norle y Katleen Dobson. Sus palabras ante el juez entrañarán,

PROCESO A UNA SOCIEDAD

Entre generosamente las páginas de todos los periódicos del mundo, cabe perfectamente dar una interpretación, en hipótesis, de su significado real y de sus auténticos orígenes.

Estos personajes que recitan ante el juez sus

papeles de cínicos forzados, no son, sin duda, capaces de medir en toda su amplitud la dura acusación que entraña cada una de sus palabras. Una acusación que alcanza a las más esenciales estructuras de toda una sociedad que, desde la puritana reina Victoria hasta los más desenfadados tiempos de la reina Isabel II, ha mantenido

intocables sus apoyaturas. Una moral estrictamente convencional ha venido cubriendo bajo su dorado manto la descomposición real de anchas zonas sociales, paradójicamente englobadas en la común denominación de «buena sociedad». Una simple muchacha de ímprobo ambición ha destapado de golpe la podredumbre de que ella



rial que se está desarrollando en el Palacio de Justicia de Old Bailey. Intrigas, espionaje y un fuerte aderezo de sexualidad confieren a esta tragicomedia una tremenda quizá sin ellas saberlo, una dura acusación contra las costumbres de la «high life» de la todavía victoriana sociedad británica y contra su convencionalismo moral.

misma había sido víctima, organizando, quizá sin pretenderlo, un escándalo que ha hecho tambalearse al mismo Gobierno y que ha costado la vida política a un ministro de Su Majestad.

Resultado de su circunstancia, Cristina Keeler se torna contra ella y la llama por su propio nombre. El resto de los personajes parecen arranca-

dos de una novela a la francesa, con intrigas y pornografías a discreción. Con posibles actividades de espionaje y un fuerte aderezo de sexualidad, el serial continúa desplegando sus capítulos en Old Bailey. Sentado en el banquillo, el doctor Ward ha dejado de ser el osteópata célebre y el brillante personaje de la «dolce vita» londinense, para

asumir, a pesar suyo tal vez, la representación de la sociedad en que ha vivido. Contra ella, realmente, se entabla el proceso, aunque el fiscal de la Corona, doctor Mervyn Griffith Jones, ni siquiera la mención. En última instancia, ni siquiera importa demasiado que se diga; los hechos, en su pura evidencia, así lo denuncian. **FIN**